



Hölderlin y Nietzsche. Las máscaras de Dionisos

José Ignacio Eguizábal

1.- ¿Vidas paralelas?

Tal vez la nota destacada que primero ha llamado la atención y ha invitado a relacionar a Hölderlin y a Nietzsche –y a algunos más- haya sido la locura, la enfermedad. Y sin embargo, la vida de Hölderlin (1770-1843) y la de Nietzsche (1844-1900) que va discurriendo desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX (aunque la del poeta se truncara recién comenzado ese siglo) parecen mostrar, además, otras concordancias.

El periodo de tiempo que se les concedió para realizar su vocación fue relativamente breve; doce años en el caso del poeta si lo concluimos en 1804. Poco más de quince el del filósofo si contamos desde la publicación de *El Nacimiento de la Tragedia* (1872) hasta el hundimiento, los primeros días de 1889. Parecería que el fulgor de sus obras, por esa misma incandescencia no pudiera durar demasiado

Los padres de ambos fueron pastores protestantes; en el caso de Nietzsche también el abuelo paterno. Esos padres murieron pronto, cuando el poeta tenía dos años y en el caso de Nietzsche, cinco. La madre de Hölderlin volvió a casarse pronto y enviudó de nuevo cuando éste cumplía nueve años. La ausencia de su padre adoptivo la sintió Hölderlin hondamente y la repercusión que causó en la madre es lo que explicaba para el poeta esa señal definitiva de tristeza que siempre le marcó.

Nietzsche comenzó a escribir muy pronto, una autobiografía; curiosamente lo último que escribió fue otra extraña biografía, *Ecce Homo*. Y tal vez a lo largo de sus libros no hiciera otra cosa que hablar de sí mismo. En esa primera autobiografía relata la muerte del padre y la de un hermano ocurrida poco después. Su ausencia la sintió como falta de dirección, falta de magisterio. No sería, por tanto, solo ni fundamentalmente un recurso literario el calificativo de *Pater seraphice*¹ con el que designaba a Wagner; así, la sombra del padre podría iluminar, en parte, la compleja relación del filósofo con el músico.

Hölderlin no encontró a ningún padre sustitutivo de esa envergadura ni parece que lo buscara pero su relación traumática –de parte del poeta- con Schiller se ha interpretado a veces como una señal, como un síntoma de la ausencia del padre.

Nietzsche negó radicalmente la dogmática religiosa de su juventud –seguramente en los últimos años de Pforta- y la muerte de Dios simboliza, sin duda, esa negación. Una negación que después de *El Nacimiento de la Tragedia* arrastraría también a lo sagrado en sus fundamentos. El poeta en sus últimos años de Tubinga ya habría encausado gravemente la fe protestante. Se acompañó de Schelling y de Hegel pero ello no supuso para Hölderlin una brusca negación sino más bien un vuelo, un sobrepasar. Y no perdió ese sagrado fundante que hace de su poesía uno de los jalones más profundos de la literatura occidental.

Los dos recibieron una esmerada educación. Hölderlin en la escuela conventual de Maulbronn y Nietzsche, como se sabe, en la distinguida escuela de Pforta. Después Hölderlin estudió teología en Tubinga para complacer a su madre; enseguida quiso abandonar pero no lo hizo. Trató de escapar a lo que parecía su

¹ Por ejemplo en la carta que le escribió con motivo de su cumpleaños el 21 de mayo de 1870. En Wagner und Nietzsche, Der Mystagoge und sein Abtrünniger, de D. Fischer-Dieskau. Hay versión castellana de Vicente Romano en Altalena editores, Madrid 1982, pg.56

destino, una parroquia, a la que su madre le impulsó constantemente y pudo vivir como preceptor para dedicarse a la literatura, su vocación. También Nietzsche se matriculó en teología en Bonn arrastrado por su madre pero la abandonó a los pocos meses para dedicarse a la filología.

La relación de Nietzsche con su madre fue positiva²; naturalmente, dejó de hablar con ella y con su hermana de cuestiones religiosas muy pronto pero mantuvo un sólido vínculo filial toda su vida como explican sus cartas. Su madre le sacó del hospital psiquiátrico de Jena en cuanto pudo y se lo llevó a casa. Allí le cuidó con total dedicación hasta que murió, siete años antes que el hijo..

Hölderlin mantuvo con su madre una relación más compleja y negativa. Fue una relación conflictiva aunque el conflicto se mantuviera latente durante la vida lúcida del poeta. Su padre le había dejado una interesante herencia con la que podría haberse dedicado a la escritura. Pero su madre nunca se la dio aun cuando el hijo se lo rogaba con una abrumadora discreción. Esto dificultó enormemente las posibilidades de vida del poeta que siempre huyendo de la parroquia, necesitó de sucesivos puestos de preceptor que fue abandonando merced a su estado de salud con excepción del de Frankfurt. Parece razonable suponer que si su madre le hubiera ido cediendo esa herencia su deterioro psíquico se hubiera desarrollado más lentamente. A la muerte del poeta el montante del dinero paterno era ya muy considerable y fue objeto de las luchas por la herencia entre la hermana del poeta y su hermanastro Karl.

La vida sentimental de Hölderlin podría calificarse de normal en un representante del romanticismo. Su primera relación sentimental fue Louise Nast, (la Stella de sus primeros poemas) hija del intendente de la escuela conventual de Maulbronn donde el poeta ingresó en 1876, a los 16 años. Era hermana de su amigo Inmanuel, compañero en Maulbronn y el único que le visitó en la torre de Zimmer. La relación duró 4 años y no sobrevivió al ingreso del poeta en el Stift de Tubinga donde entra en relación con Elise Leuret, la hija del rector. Huyó del compromiso matrimonial que le solicitaba Elise y que su madre le recomendó encarecidamente. Escarceos amorosos varios (la poetisa W. Maish en 1793) y tal vez una relación traumática con Wilhermine Kirms, la dama de compañía de Charlotte von Kalb, el primer destino de preceptor del poeta en Waltherhausen. Es posible que esa esporádica relación concluyera en embarazo y después en aborto espontáneo y quizá fuera ese uno de los factores desencadenantes del brote psicótico que el poeta padeció en su huida de Jena en 1795.

El gran amor de Hölderlin fue, como se sabe, Susette Gontard, la esposa del banquero de Frankfurt donde el poeta fue preceptor durante algo más de dos años, los más felices, sin duda, de su vida. Susette era un compendio de perfecciones: hermosa, inteligente y de una exquisita sensibilidad. Fue un amor arrebatado y correspondido aunque fuera marcado desde un principio por la imposibilidad: Susette era una mujer casada y tenía dos hijos. Ella lo entendió muy bien cuando Hölderlin deja la casa del banquero previa una bronca monumental con Jacob, el señor de la casa al que le habían llegado rumores preocupantes. Tras unos meses de visitas

² Por eso, la referencia a su madre en *Ecce Homo*: “Cuando busco una antítesis más profunda de mí mismo, la incalculable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y a mi hermana,- creer que yo estoy emparentado con tal *canaille* sería una blasfemia contra mi divinidad (...) la objeción más honda contra el eterno retorno, que es mi pensamiento auténticamente abismal, son siempre mi madre y mi hermana”, (en *Ecce Homo*, versión de A. Sánchez Pascual, Alianza ed. Madrid 1978, pg. 25), evidencia, como se sabe, que ese librito fue escrito cuando la demencia ya estaba afectando al filósofo. *Ecce Homo* es un libro que interesa tanto a la filosofía como a la psiquiatría. En el mismo sentido puede leerse su ruptura con Malwida von Meysenburg acaecida por entonces.

secretas, le escribió: “Deja que sigamos nuestros caminos con confianza. Seguiremos siendo felices en nuestro dolor. Y ojalá permanezca mucho tiempo en nosotros, porque él nos dará fuerza y nobleza.” Conservamos parte de la respuesta del poeta en un fragmento de carta a Susette de noviembre de 1799, en el mismo tono: “he llegado a pensar si podríamos vivir también de negación y si también esto nos fortalecería, el que le dijéramos decididamente adiós a la esperanza”. Este modo de vivir la ausencia forma parte de algunos poemas últimos de Hölderlin en su relación con lo divino.

Lo menos que puede decirse de la vida sentimental de Nietzsche es que fue anómala. Y frustrante. El ansia de amor que reclamaba su corazón se vio impedida o por relaciones distantes –las primeras-, por la imposibilidad total –Cósima- o por la negativa rotunda: Lou Salome.

En su adolescencia mantuvo una leve y distante relación sentimental con Ana Redel poco antes de abandonar Pforta, a los 19 años. Tocaban juntos el piano. El gran amor –imposible- del filósofo fue Cósima Wagner, la esposa del músico. En ella vería seguramente una mujer inalcanzable, nobilísima, un cenit por la que siempre suspiró en silencio. Cuando se conocieron, en mayo de 1869, en Tribschen, Wagner tenía 56 años, Nietzsche 24 y Cósima 31. Era frecuente escuchar en aquellas veladas, a la señora y al filósofo tocando el piano a cuatro manos. Nietzsche depositaba sus escritos, antes de editarlos, a los pies de Cósima que los leía con interés y los juzgaba generosamente. Hasta que llegó la ruptura. Jamás escribió Nietzsche una línea crítica contra Cósima ni la hizo nunca presa de su ironía feroz. Ella estaba muy por encima de todo eso en el alma del filósofo. Resultó un caso anómalo de amor cortés. La verdad de su amor por ella solo se pudo manifestar en las tarjetas de la locura de los primeros días de 1889. Pocas semanas después en el hospital psiquiátrico de Basilea manifestó: “Mi mujer, Cósima, me ha traído aquí”.

En Bayreuth y en los últimos meses de su relación con Wagner conoció a Louise Ott a la que sentimentalmente parecía afín; pero estaba casada y apenas se saludaron tres días³.

Fue Wagner⁴ quien lanzó a Nietzsche a la búsqueda, entre cómica y desesperada, de esposa. En la tarea le ayudó como en otros aspectos de la vida del filósofo, su amiga Malwida von Meysenburg del círculo de Tribschen. Por su intermediación conocería en 1882 y en la Basílica de San Pedro en Roma a la joven Lou Salome, el otro gran impacto sentimental en la vida de Nietzsche. Lou rechazó su ofrecimiento de boda y dañó de modo irreversible su relación con Paul Ree aunque los siete meses de convivencia con Nietzsche afectaron a éste más que ninguna otra relación sentimental.⁵ Tardó mucho tiempo en superar ese desengaño si lo superó alguna vez. Tal vez por ello algunos lugares altísimos del *Zaratustra* (*Los siete velos*) aparecen lastrados por una insensata y torpe misantropía. En este aspecto emuló con creces a su maestro Schopenhauer.

La misoginia de Nietzsche ofrece también un terreno abonado para psiquiatras y psicólogos; en sus escritos aparece como un misógino radical, en el trato real con la

³ Parece que a pesar de su matrimonio, Louise hubiera seguido a Nietzsche si éste se lo hubiera pedido. No lo hizo. No hay duda de que parte de la inmensa soledad en la que fue hundiéndose el filósofo fue, en cierto modo, buscada. Tras unas emotivas cartas, la relación se fue enfriando y desapareció con la llegada de Lou Salome.

⁴ “Cásese o componga una ópera, pero esto último no le va a reconciliar con la vida”, le aconsejaba el músico.

⁵ No hay duda de que la futura discípula de Freud conoció intelectualmente a Nietzsche a la perfección. Poco antes de la ruptura escribe a Rée: “(...) en alguna oculta profundidad de nuestro ser estamos ilimitadamente alejados uno de otro (...) viviremos todavía como se constituye en el predicador de una nueva religión, y se tratará de una que reclute héroes como discípulos.” En C. P. Janz, Nietzsche, F. Biographie, Erster Band, vol. II, versión española de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Alianza Editorial, Madrid 1981. vol. III, pg. 167.

abundantes mujeres que se cruzaron en su camino era correcto y cordial hasta lo admirable. En sus textos denunció el ensuciamiento de la sexualidad que había llevado a cabo el cristianismo y en sus últimos años dignificó la prostitución. Probablemente una parte de su vida afectiva discurrió por los prostíbulos entre la enorme distancia de su admiración por Cósima y la dolorosa negativa de su amor por Lou⁶. Y puede pensarse que fue en una de esas visitas en Leipzig donde contrajo la bacteria *Treponema Pálidum*, la sífilis que le hundiría en la demencia años más tarde.

La música desempeñó en la vida de Hölderlin y en la de Nietzsche un papel fundamental. Ambos fueron educados tempranamente en ella. El poeta aprendió en casa a tocar el clavicordio y la flauta travesera y el filósofo aprendió también allí a tocar el piano. Sus improvisaciones fueron alabadas siempre y fueron precoces; hasta Wagner lo reconocía. Nietzsche no fue un compositor ni siquiera mediano aunque compuso abundantes obras desde su juventud y la dedicación profesional a la música fuera una disyuntiva que tuvo muy en cuenta cuando se dedicó a la filología. Pero la música le ocupó siempre. Admiraba en su juventud a Schumann y el conocimiento personal de Wagner supuso un acontecimiento de primer orden en su vida. *El Nacimiento de la Tragedia* es, entre otras cosas, una alabanza de la música como órgano de manifestación de la realidad y un ensalzamiento sin límites de la música de Wagner⁷. Tras la ruptura se entregó, tal vez como una provocación, a la música de Bizet y a la opereta. Durante los primeros meses de la locura Nietzsche tocaba el piano e improvisaba como si el vínculo musical con la realidad permaneciera todavía cuando todo lo demás había saltado por los aires.

Hölderlin tuvo en la buhardilla donde pasó los últimos 37 años de su vida una espineta; la tocaba con asiduidad, a veces reiterando notas en un ejercicio demencial como correspondía al estado de su mente. En una habitación de la casa del carpintero había un pianoforte que a veces también usaba el poeta de manera no muy diferente a la espineta por lo que sabemos. Precisamente estaba en el pianoforte cuando le visitó su antiguo amigo de Maulbronn, Inmanuel Nast, el único entre sus amigos y allegados que le visitó una vez. Hölderlin no quiso o no pudo reconocerlo y siguió tocando el piano, distante, ante los sollozos de Nast.

Compuso música –perdida– para algunos de sus poemas, *Mi Curación*, que dedicó a Louise Leuret al poco de ingresar en Tubinga, por ejemplo. Poco tiempo después, en 1789 recibió clases de flauta del ciego F. L. Dulon, un compositor eminente. En Tubinga, además de la consabida alianza (los tres últimos años) con Schelling y Hegel, había fundado antes otra musical (y aun otra poética) con Gentner, Markllin y Rehfnes. Allí el poeta tocaba el primer violín. Cuando llegó a Frankfurt pidió enseguida a su madre la flauta. Interpretaba con Suzette al piano y con la institutriz Retzer a la guitarra.

Resulta significativo que la traducción de *Antígona y Edipo* que realizó en 1803 fuera en cuanto al contenido inservible; de ahí la risa inclemente con que fue recibida

⁶ Era tímido y reservado; nos queda un testimonio delicado de su primera visita –accidental– a un burdel. Nos lo cuenta Deussen: “Un día del mes de febrero de 1865 Nietzsche fue solo a Köln, hizo que un mozo de servicio le enseñara cuanto merecía ser visto en la ciudad, y al final le rogó que le llevara a un restaurante. Solo que este le llevó a una casa de mala nota. “Me vi, me contó Nietzsche al día siguiente, rodeado de repente de media docena de apariciones en gasa y lentejuelas, que me miraban expectantes. Me quedé un rato sin saber qué decir ni qué hacer. Acto seguido me dirigí, casi instintivamente, al piano, como único ser con alma en todo aquel grupo, y toqué algunos acordes. Conseguí liberarme de mi estupor, y salí a la calle.” En Paul Deussen, *Erinnerungen an F. Nietzsche*, Leipzig, 1901, citado por C. P. Janz, op. cit. vol. II, pg. 121.

⁷ “...cuando hablo de lo dionisiaco es exactamente eso lo que entiendo por la palabra “música” y no otra cosa”, carta a Rhode del 23 de Diciembre de 1871, en C.P. Janz, vol. II, op. cit. pg. 129.

por Goethe, Schiller y Schelling, pero tan altos próceres no repararon en que el poeta fue extremadamente respetuoso con el ritmo de las dos tragedias. Tradujo el ritmo pero no –porque ya no podía– el contenido. Sorprende, finalmente, que los llamados *Poemas de la Locura* y más aun en los de los últimos años cuando ya no firmaba con su nombre e incluso lo aborrecía, aun cuando carezcan de vigor, de inspiración y parezcan superficialmente descriptivos, mantengan una sorprendente perfección formal. Generalmente un ritmo yámbico y una exacta rima en consonante.

La nota trágica y paralela del filósofo y el poeta la constituye, desde luego, la locura. La demencia de Hölderlin fue presentida por el fino olfato de Charlotte von Kalb en cuya casa ejerció el poeta de preceptor recién salido de Tubinga. Ya en diciembre de 1794 escribe a Schiller apuntando la confusión mental del poeta. Desde la larga distancia de nuestros días podría describirse la demencia de Hölderlin como una esquizofrenia que tuvo su primera grave manifestación en el brote psicótico de Jena a finales de 1795. En 1880 después de su estancia en Frankfurt vivió en Stuggart unos meses en casa de Landauer. Por entonces su estado mental era ya preocupante. Partió para Hatwil en enero de 1801 para un nuevo preceptorado pero fue amablemente despedido en Pascua seguramente por problemas depresivos. En enero de 1802 emprende un nuevo y larguísimo viaje para cumplir con su último trabajo de preceptor en Burdeos; apenas permaneció tres meses y por el mismo motivo. La vuelta de Burdeos resultó especialmente letal para su salud psíquica. Cuando llega a Sturgatt está tan deteriorado física y psíquicamente que asusta a sus amigos. Se entera allí de la muerte de su amada Susette, vuelve a casa de su madre en Naumburg donde le espera ésta con una severa reprimenda por su relación con Susette; ella no sabía que había muerto. Hölderlin reacciona con un peligroso ataque de ira y echa a su madre de casa. Entonces se interrumpen las relaciones entre madre e hijo que ya no se recompondrán. Curiosamente es su amigo Sinclair quien lo saca de casa de la madre que conocía perfectamente el estado de su hijo y se lo lleva a Homburg con la promesa de un cargo de bibliotecario. Sinclair pagaba en secreto ese puesto que su amigo ya no podía desempeñar aunque estuviera en la biblioteca. La madre quedó asombrada y el poeta reconfortado. Sinclair padeció un grave proceso político y tuvo que abandonar a su amigo a su suerte por las calles de Homburg. Su madre no lo recogió. Fue llevado al hospital psiquiátrico de Tubinga el 11 de septiembre de 1806. Se le diagnosticó locura incurable tras una penosa estancia de 9 meses y se preveía su muerte en tres años. Zimmer lo acogió en la buhardilla de su casa hasta que el poeta murió 37 años después.

En la locura de Hölderlin parece imposible zafarse de la relación establecida en el mundo griego entre locura e inspiración que Platón, con su ambigüedad característica, señaló en el célebre pasaje del Fedro. Hemos de contar, desde luego, con el sustrato firme de la enfermedad, de la psicosis. Que además no fue sobrevenida de modo casi instantáneo como en Nietzsche sino que se fue manifestando con mucha antelación. El poeta lo sabía⁸.

La tentación natural parece, por tanto, considerar la locura como un don, una señal divina. Así lo hicieron los primeros descubridores del poeta, ejemplarmente N. V. Hellingrath. Ni el mismo Heidegger escapó completamente de esta interpretación. Jaspers, sin embargo, fue más lejos y seguramente estuvo más acertado cuando supuso que el comienzo de la demencia en su estado grave turbó las facultades creativas del poeta para exaltarlas, para hacerlas llegar a lugares donde de otro modo no hubiera llegado. Sobre todo el periodo que rodea a las grandes elegías. Son lugares-límite en los que parece presentirse lo sagrado. Se produce en el devenir de la demencia del poeta una coexistencia perfecta, un paralelismo, entre el desarrollo fisiológico de la enfermedad y su vivencia como algo sobrenatural. Hölderlin lo vivió así

⁸ Véase “Hölderlin no estaba loco” en Claves, nº 181

según cuenta en la primera carta a Böhlendorf (4 de diciembre de 1801): “En otro tiempo podría lanzar gritos de júbilo por una nueva verdad, una vista mejor de aquello que está por encima y alrededor de nosotros; ahora temo que al final me ocurra como antiguo Tántalo a quien de los dioses le aconteció más de lo que él pudo soportar”.y un año más tarde en la segunda: “(...) y como se repite de los héroes, puedo decir que Apolo me ha golpeado”⁹

La locura de Nietzsche, sin embargo, adquiere frente a la del poeta, unas connotaciones plenamente profanas. La hipótesis más plausible para explicarla parece, como ya hemos señalado, el contagio en un burdel. El resto es simplemente el estadio último de la sífilis. Nietzsche temió siempre la locura¹⁰, pero como una herencia de su padre muerto de “reblandecimiento cerebral”. No supo ver el riesgo que realmente corría. Puede que la cuestión sea más compleja si tenemos en cuenta los datos de la enfermería de Pforta en los últimos años de estancia del filósofo. Al médico del internado le preocupaban mucho las graves neuralgias de Nietzsche y apuntó también la posibilidad de una herencia paterna de enfermedad mental. No podremos esclarecer esto nunca porque tanto las notas del archivo Nietzsche como las cartas a la madre pasaron por las garras de su hermana empeñada en hacer ver la demencia paterna como una caída accidental y la locura de su hermano como una enfermedad común debida al exceso de trabajo.

En todo caso, la vida de ambos fue visitada constantemente por la enfermedad, influida decisivamente por factores emocionales y psicológicos. En el caso de Hölderlin sus problemas se mezclaban con desórdenes mentales más o menos acentuados. Seguramente calificaríamos hoy a los dos de maníaco-depresivos. Nietzsche tuvo que dejar la cátedra de Basilea a los 33 años por sus problemas de salud. Unas fortísimas neuralgias, vómitos... y en Diciembre de 1879, un año después, padeció una gravísima crisis de tres días con pérdida de consciencia en la que se sintió al borde de la muerte. Ese fue, de hecho, el rumor que empezó a correr. Su recuperación coincide con su conciencia de iniciado para anunciar el eterno retorno. Como si la sífilis hubiera exasperado en vez de elevado algunas de sus facultades.

Ambos padecieron alucinaciones. Hölderlin escribe a Hegel sobre su huida de Jena y la presencia de demonios en el camino. De Nietzsche nos queda un testimonio extraño, estremecedor, que pudo escapar del control de la hermana porque se ha encontrado enterrado en un cuaderno lleno de anotaciones filológicas: “Lo que yo temo no es esa figura fantasmal que se agazapa tras mi silla, sino su voz: no las palabras sino el tono terriblemente inarticulado e inhumano de aquella figura. ¡Si al menos hablase como lo hacen los seres humanos!”¹¹

Seguramente su obra filosófica termina el 30 de septiembre de 1888 cuando concluye *El Anticristo*. Paralela a esa conclusión corre la ruptura brutal con Malwida, mujer admirable que siempre le ayudó. Denota el comienzo del fin de la ruptura con el mundo emocional, esta vez el de las relaciones humanas. E. Rhode lo encontró extrañamente lejano en junio de 1886 y un año más tarde Deussen señalaba una deferencia demasiado afectada en el trato.

⁹ En Ensayos, versión de Felipe Martínez Marzoa, ed. Peralta, Madrid, 1976, pg. 127.

¹⁰ “el único peligro que corro este verano se llama –para no retroceder ante la temida palabralocura, () podría suceder también algo que jamás he creído me sucediera a mí : que pierda la razón.”, carta del 26 de agosto de 1883 a Köselitz en C.P. Janz, vol III, pg. 158. Antes, el 18 de enero de 1876 a Gersdorf: “no podía caberme ya le menor duda de que estoy atacado por un mal cerebral serio (...) mi padre murió a los 36 años de una inflamación cerebral; es posible que conmigo la cosa vaya aun mas aprisa.”

¹¹ En C.P. Janz, op. cit. vol. II, pg. 301. El texto pertenece al periodo que va entre el otoño de 1868 y la primavera de 1869.

Lo poético se mantenía; recoge poemas para los *Ditirambos de Dionisos* hasta finales de diciembre. Las reacciones emocionales se desequilibran cada vez más: cuenta a Köselitz que en el teatro llora y hace muecas constantemente. Lo mismo le ocurre en la calle. El hundimiento se produce entre el 3 y el 6 de enero de 1889 cuando escribe las cartas de la locura: a Cósima, Burkhardt, Overbeck...Toca el piano –lo aporrea- en cualquier momento para tormento de sus vecinos. Recibida su tarjeta, su fiel amigo Overbeck viaja 18 horas en el tren para rescatarlo. Encuentra al filósofo sentado en el sofá intentando, inútilmente, corregir las pruebas de *El Anticristo*. Ya no entendía. Se abraza llorando a su amigo y le reconoce. En un viaje especialmente delicado por los delirios de grandeza del filósofo y sus arrebatos agresivos, es capaz Overbeck de conducirlo al sanatorio de Basilea donde ingresa el 10 de enero. No sabe donde está.

El 20 de enero Overbeck escribe a Köselitz con total clarividencia: “Nietzsche se acabó”. Köselitz ni siquiera supo interpretar correctamente su correspondiente tarjeta de la locura y deambuló perdido por Berlín varios días cuando se enteró del internamiento de su amigo. Rhode enfermó por el mismo motivo.

Su madre acudió rápidamente a Basilea y consiguió llevárselo al sanatorio de Jena el 28 de febrero de 1890. Esperaba que su hijo se recuperara y dos meses después ya lo instala en su casa, en Naumburg. Trato cuidadísimo, largos paseos...el aspecto físico de Nietzsche es excelente pero su declive mental tal como pronosticaron en Jena continua y se va pronunciando hasta el periodo vegetativo de Weimar.

Cuando Köselitz le visita, en febrero de 1891, ya no toca el piano aunque su aspecto siga saludable. El músico vuelve un año después, en enero de 1893 y Nietzsche ya no le reconoce. A finales de 1894 lo visita Rhode y lo encuentra embotado; solo reconoce a su madre y a su hermana. Su madre fallece en abril de 1897 y probablemente Nietzsche ya no lo supo. Elizabeth lo traslada a Weimar donde instala el archivo. Muere el 25 de agosto de 1900.

A ambos les fue otorgado el don sagrado de la amistad. En el caso de Hölderlin es de sobra conocida su relación en Tubinga con Hegel y Schelling. A Schelling ya lo conocía porque los dos estudiaron en Maulbrom. En la época de Walterhausen (1895) mantenían ambos serias diferencias intelectuales pero esto no empañó su relación. El filósofo fue el único que aceptó colaborar en el fallido proyecto de la revista *Iduna* (1799) que Hölderlin ideó para sostenerse económicamente¹². En 1803 volvió a ver a Hölderlin pero en tal deterioro de su espíritu que escribió consternado a Hegel pidiéndole ayuda. El filósofo del espíritu parece que entonces, como siempre, supo contenerse y dictaminó que él nada podía hacer desde Jena, lo que seguramente era cierto. Nadie sabe explicar porqué al Hölderlin de 1803 se le ocurrió traducir la *Antígona* y el *Edipo* de Sófocles que editaría Wilmans para chanza de Goethe y Schiller, sus áulicos lectores. Seguramente hay que ver ahí la mano de Schelling que le animó o le indujo al proyecto con la promesa (que él sabía fallida) de una futura representación en Weimar.

Con Hegel mantuvo Hölderlin una gran amistad desde los años de Tubinga; aunque buena parte de su correspondencia se ha perdido, el momento álgido de esa relación se desarrolló en Frankfurt donde el poeta le había conseguido un puesto de preceptor. Hegel venía de un triste preceptorado en Berna donde escribió para su amigo un poema excepcional: *Eleusis*. Sin embargo, ni Hegel ni Schelling le visitaron en la torre de Zimmer. Tampoco su madre o sus hermanos.

¹² El proyecto fracasó primero porque ninguna firma importante de la época (Goethe, Schiller...) aceptó colaborar y también, como le advirtió Schiller, por la escasa viabilidad de una revista como la que Hölderlin planeaba entonces en la Alemania de la época. Y Schiller era un hombre experimentado en esas lides.

El otro gran amigo y el más fiel que tuvo Hölderlin fue Isaac von Sinclair. Se conocieron en Jena, en 1795 durante el rápido y voluntario final del primer cargo de preceptor del poeta en Walterhausen. Sinclair tenía entonces 19 años y Hölderlin 25. Le consiguió al poeta el puesto de preceptor en Frankfurt y como consejero del duque Federico V participó en el congreso de Rastatt en compañía del poeta. También lo llevó al congreso de Ratisbona donde el rey le encargó *Patmos*. Frecuentaron los cenáculos revolucionarios a los que Sinclair era afecto. De resultas de esas actividades y de un intento de atentado fue procesado, padeciendo Hölderlin las consecuencias.

También Nietzsche tuvo amigos. El primero cronológicamente Paul Deussen, amigo de la infancia y experto en filosofía oriental después¹³. Erwin Rhode fue un amigo muy especial de Nietzsche en el periodo de *El Nacimiento de la Tragedia*; entusiastas ambos por entonces de Wagner y Schopenhauer. Fue el único filólogo que defendió a Nietzsche tras la publicación de su primera obra frente a los ataques furibundos de la filología oficial de entonces: un todavía joven Willamowitz. El devenir de esa amistad corrió paralelo al desarrollo espiritual de Nietzsche, así que se fue enfriando a partir de *Humano, demasiado humano*. Distanciados desde entonces, la reacción de Rhode al internamiento de Nietzsche fue lo bastante grave para comprobar que los lazos profundos de esa amistad seguían firmes.

Pero fue Franz Overbeck el amigo de Nietzsche que mejor mantuvo su relación con el filósofo a lo largo de los años. Teólogo de profesión, se conocieron en Basilea y convivieron en el mismo edificio como colegas. Overbeck era un teólogo que leía la Biblia con la mentalidad fría y analítica de un filólogo. Con esa misma distancia anunció su abandono de la fe protestante al contrario que Nietzsche que lo hizo a lo largo de su vida pero en un tono arrebatado y a veces desgarrado. Overbeck quiso mucho a Nietzsche y escribió un librito muy esclarecedor sobre la persona y muy certero respecto a las ideas fundamentales de su amigo¹⁴.

2.- ¿Obras distantes?

Las primeras obras de Hölderlin y Nietzsche corrieron una suerte común: fueron negadas radicalmente por la filología de su tiempo. Al poeta le cupo peor fortuna: su *Hiperión* que nada tenía que ver con la filología y que contaba con la admiración de Schiller, fue abiertamente criticado (“No dice nada”) por el paladín de la filología de la época y también gran humanista y traductor de Sófocles: J.K.F. Manso¹⁵. Nadie se atrevió a contrariar su augusta y temprana condena en 1798. Cuando Cotta reeditó *Hiperión* en 1822 el ambiente era el mismo. Manso había descargado con el mismo rigor en 1811. Ni siquiera se libró de esa carga la reedición de Schawb de 1847.

Ya se sabe la suerte que corrió *El Nacimiento de la Tragedia*; obra primeriza de un prometedor filólogo fue recibida por el gremio con la negativa radical o el pudoroso silencio público pero nada positivo (su maestro Ristchl escribió en su diario:

¹³ Deussen y Nietzsche se confirmaron juntos el 10 de mayo de 1861; fueron compañeros en Pforta y en Bonn. Deussen fue un filólogo consumado y experto en hinduismo. Un erudito que a veces corregía a un Nietzsche demasiado “libre” para el rigor de la academia. Se mantuvo fiel al hinduismo y a la filosofía de Schopenhauer.

¹⁴ *Erinnerungen an F. Nietzsche*, 1906, hay edición castellana de Iván de los Ríos, Madrid 2009, ed. Errata Naturae. La vida arrebatada de F. Nietzsche

¹⁵ Más detalles en la excelente biografía de Antonio Pau: Hölderlin, el rayo envuelto en canción, ed. Trotta, Madrid 2008.

“embriaguez ingeniosa”). Solo E. Rhode defendió al amigo que, sabiendo muy bien lo que hacía, quiso cambiar la cátedra de filología por la de filosofía aunque no lo consiguiera. Sin embargo Nietzsche fue arrojado y aupado por toda la familia wagneriana y durante mucho tiempo se le identificó con esa primera obra.

Hay similitudes profundas entre esas obras más allá de la negación a que estuvieron sometidas. No extraña, por tanto, que la poderosa intuición de Nietzsche se hubiera fijado muy tempranamente en el poeta: a los 17 años y por su propia voluntad eligió a Hölderlin como ejercicio literario para defenderlo de la crítica y sobre todo de la ignorancia imperante en ese tiempo, para sacarlo del olvido. Fue en 1861 y en Pforta. Escribió un breve ensayo en forma de carta dirigida a un amigo. Lo defiende de su supuesta oscuridad, demencia, politeísmo y de las invectivas que lanzó contra los alemanes.

Nietzsche se adelantó medio siglo a la rehabilitación holderliniana. Notó la maravillosa perfección formal de sus poesías, la música que lo llena todo, incluido el *Hiperión* y, aunque considere a este imperfecto, ensalza el *Empédocles*, “de una divina sublimidad”. Se detiene, paciente, –son 17 años– a las puertas de la religiosidad. Un año después escribirá sobre el cristianismo: “la duda acerca de si, durante dos milenios, la humanidad no se habrá dejado extraviar por una falsa imagen¹⁶”.

Hölderlin fue para Nietzsche un romántico más aunque le fuera especialmente querido; por eso apreciaba también a Byron o a Schumann. Pero cabe suponer que la influencia o confluencia con Hölderlin se hizo muy fuerte cuando el filósofo vivió bajo la atracción de Wagner en Tribschen. Los diarios de Cósima dan cuenta del afecto que se sentía allí por el poeta preferido de Nietzsche y en esa admiración colaboró también Malwida von Meysenburg.

Así que no es extraño que *El Nacimiento de la Tragedia* se asemeje en cuestiones fundamentales al *Hiperión*. La obra primera de Nietzsche, asentada en la base firme de la mitología y de los misterios de Eleusis, presenta la superficialidad del principio de individuación (hablando aún con el lenguaje de Schopenhauer) y su reunificación extática con el Todo. A ese Todo, representado por la música de Wagner, le llama lo dionisiaco. Es, además, lo Uno Primordial¹⁷.

No otra cosa se propuso el *Hiperión*: “Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre. Ser uno con todo lo viviente, volver en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza¹⁸”, y también: “hay en nosotros algo, la ambición irresistible a ser todo, que, como el Titán del Etna, brota enojada desde las profundidades de nuestro ser¹⁹”.

Parecería que Nietzsche tiene ese texto en la cabeza cuando escribe: “el éxtasis delicioso que cuando se produce esa misma infracción del principium individuationis, asciende desde el fondo más íntimo del ser humano y aun de la misma naturaleza²⁰”.

Se entiende muy bien entonces que cuando Nietzsche vuelva, en 1886 a su primer libro para escribir un prólogo autocrítico dijera acertadamente que tendría que haber sido entonces poeta y haberse atrevido a cantar para expresar esas vivencias.

¹⁶ En Werke in drei Bänden, III, ed. de K. Schlechta, 1956. Autobiographischen aus den Jahren 1856-69, versión española de L.F. Moreno Claros, ed. Valdemar, Madrid 1997 como De mi vida, pg. 314

¹⁷ El Nacimiento de la Tragedia, Die Geburt de Tragödie. Oder Griechentum und Pessimismus, versión de A. Sánchez Pascual, Alianza editorial, Madrid 1978, pg. 45

¹⁸ Hiperión, oder der Eremit in Griechenland, versión de Jesús Munárriz, ed. Hiperión, Pamplona 1977, pg. 25

¹⁹ Hiperión, op.cit. pg. 36

²⁰ El Nacimiento de la Tragedia, op.cit. pag. 45

Eso hizo Hölderlin. Aunque hizo más. Apuntó y desarrolló muchas intuiciones que el filósofo no pudo después mantener y que, en cierto modo, pervirtió.

Hölderlin ya presenta a la vida y a la vida inocente, bajo la tutela de Rousseau, como uno de sus centros fundamentales: “Quiero amarte a ti, vida inocente”. Y al final del *Hiperión*: “Todo es una única, eterna y ardiente vida” o “volverás a los dioses, volverás a la vida santa, libre y joven de la naturaleza de la que saliste²¹”.

A esa vida, como Nietzsche recalcará después, hay que serle fiel:

“Porque tu alma estaba en mí, (oh luz celeste) y con franqueza
se entregó mi corazón, como tu, a la grave tierra,
a la que padece, y a menudo, en la noche sagrada
le prometí amarla hasta la muerte,
a ella, preñada de destino, con una fidelidad sin miedos²².”

y:

“Entra, pues, genio mío, desnudo en la vida
y no te preocupes de nada
lo que ocurra, ¡todo sea en buena hora!
Armonízate con la alegría, pues, ¿qué podría
afrentarte, corazón, qué podría
sucederle allí donde debes ir?”²³

Un tema fundamental en Nietzsche como la muerte de Dios puede verse prefigurado en *Empédocles*, en la diatriba que éste lanza contra el sacerdote Hermócrates aunque en el poeta la cuestión sea mucho más compleja que en el filósofo:

“() ¡fuera! no puedo ver ante mí al hombre
que hace de lo sagrado industria
Su rostro es falso y frío y muerto,
como lo son vuestros dioses²⁴”

Aquí fue Hölderlin más hondo. Superó el cristianismo manteniendo lo sagrado primordial en forma de dioses, de naturaleza y del canto como su manifestación. Manteniendo lo sagrado también en el interior del poeta: “lo divino que hay en mi corazón²⁵”.

De la misma manera, la obra de Hölderlin es un canto al héroe, a lo heroico. Esos “héroes nacidos en cunas de bronce” que hay que esperar según *Pan y Vino* y:

“las fuerzas nobles, como hermanos heroicos,
comparecerán ante vuestros ojos, y el pecho
os palpitará como a los armígeros, deseosos de hazañas

²¹ Hiperión, op. cit. pg. 176

²² Empédocles, versión de A. Ferrer, ed. Hiperión, Madrid, 1977, pg. 69.

²³ Timidez, Blödigkeit, en Odas, versión de Txaro Santoro. Ed. Hiperión, ediciones Hiperión, 2ª ed., Madrid, 2005. pg.183. Este poema, de los últimos de Hölderlin, lo escribió presintiendo su trágico final.

²⁴ La muerte de Empédocles, 2ª versión, pg. 253. Parte de esa complejidad: “estar solo/ y sin dioses, es la muerte”, íbidem pg. 253.

²⁵ El cantor ciego, Der Blinde Sänger, en Odas, op. cit. pg. 211.

y de un mundo hermoso y vuestro”²⁶.

En Nietzsche ese héroe pierde la altura de lo mítico y se estrella en la tierra transformado en la bestia rubia, premoral, una perversión del buen salvaje roussoniano; agresor, activo y sanguinario aunque inocente. La figura que campa por sus respetos en *La genealogía de la moral*. Y es que la idílica atmósfera de Tribschen pronto llegaría a su fin. A finales de 1872²⁷ el filósofo no acude a celebrar la Navidad como se le esperaba; su ausencia despierta el natural recelo. Envía a cambio un librito con el que la atmósfera de Tribschen empieza a enrarecerse: *Cinco prólogos a cinco libros no escritos*. Allí (*El estado griego*) se establece la primacía y la necesidad, el enaltecimiento de la guerra, se cuestionan gravemente los fundamentos de los derechos humanos y de la democracia:

“(…) ostensibles patrañas, como la pretendida igualdad de derechos, o los llamados derechos del hombre.” y “(…) entono un peán a la guerra.”²⁸

Hölderlin ya le había marcado el camino aunque Nietzsche no lo siguiera y se extraviara otra vez:

“oh amados míos, compartid hechos y gloria

como fieles Dióscuros: que sea cada uno
igual a todos: que como sobre pilares esbeltos
descanse la nueva vida en normas justas”²⁹. “

Nietzsche no supo compatibilizar la aristocracia del espíritu, la aspiración a lo mejor, la jerarquía necesaria, con el respeto fundamental al ser humano, con la isonomía fundante de la democracia.

La vida en Hölderlin es sagrada y en una urdimbre neoplatónica que es también la de *El Nacimiento de la Tragedia*, el poeta canta a esa vida extática:

“libre y alegre,
se ramifica el árbol aéreo de la vida
ebria y divina.”³⁰

Esa vida que Nietzsche también cantó acaba siendo, después de su primera obra y en la madurez del Zarathustra, Voluntad de Poder. A partir de 1878 comienza el Nietzsche genealógico (no necesariamente incompatible con el Nietzsche extático) y el Nietzsche psicólogo. El gran lector de síntomas, el médico. Tras la crisis de 1879

²⁶ Empédocles, 1ª versión, op. cit. pg. 173

²⁷ En realidad, el distanciamiento de *El Nacimiento de la Tragedia* se produjo antes; fue en unos esbozos que nos han llegado fechados entre septiembre de 1870 y el otoño de 1872 en los que el filósofo intenta un drama de nombre Empédocles. Tuvo que tener presente el drama de Hölderlin. Pero el tratamiento de Nietzsche a la figura de Empédocles es tosco si lo comparamos con el drama del poeta. Este Empédocles reconoce la ilusión de la religión; el arte manifestaría el dolor humano y Empédocles reconoce también su amor por Corrina. (Se ha dicho que Corrina es Cósima). Hay bacanales y Empédocles se proclama dios y quiere aniquilar el pueblo para salvarlo. Se identifica con Dionisos que está “ridículamente enamorado” de Corrina. Hay una edición de este texto y de todas las referencias de Nietzsche a Hölderlin en: Hölderlin y Nietzsche, M. Barrios Casares, Universidad de Sevilla, Cuadernos de reflexión, nº 1, Sevilla 1992.

²⁸ Fünf Vorreden zu fünf ungeschriebenen Büchern, versión castellana de A. del Río en Arena Libros, Madrid, 1999, pgs. 32 y 41.

²⁹ Empédocles, pg. 173

³⁰ Íbidem, 3ª versión, pg. 337

vuelve a presentarse la visión pero ya sin dioses, sin inspiración. Y todo son máscaras de Nietzsche: Zaratustra el profeta, Dionisos. Lo que aparece sobre todo es el eterno retorno³¹.

Hölderlin y Nietzsche abandonan la concepción de tiempo lineal, cristiano, de principio y fin. Pero el poeta abraza la noble doctrina de la transmigración, de la renovación permanente de la vida: “Y a mí, oh árbol de la vida, ¡hazme reverdecer otra vez contigo³²,” o:

“y cada cual muriendo
vuelve a su elemento, para recuperarse,
como en un baño, con destino a una nueva juventud³³”

Nietzsche exaspera esa propuesta y para mantener la eternidad de la vida recurre a su “abismal” visión del eterno retorno. Una pesadilla. Y la vida y lo Uno Primordial que vivió en *El Nacimiento de la Tragedia* como Dionisos se había perdido.

El Dionisos del primer Nietzsche tiene antecedentes: Bachofen, a quien el filósofo visitaba en Basilea. Creuzer, el redescubridor de Plotino y editor de Proclo; el Michelet de *La Bible de l’humanité* que le dejó Rhode. Creuzer y Michelet se leían en Tribschen. Pero también tuvo un antecesor que como tantas veces supo ir más lejos y más arriba que el filósofo: Hölderlin.

Para Hölderlin, los poetas son “semejantes a los sacerdotes del dios de las viñas” (*Pan y Vino*) y es Dioniso el que salvaguarda al poeta en la inocencia del canto evitando su destrucción por una demasía de contacto con lo sagrado. Así lo escribe en la segunda versión de *Como en un día de fiesta*.

Dionisos es, además, hermano de Heracles y de Jesucristo en *El Único*:

“aunque seas hermano de Heracles
y, me atrevo a declararlo,
también hermano de Dionisos.”

Es precisamente un símbolo de la familiaridad de hombres y dioses de la antigua Grecia:

“lástima sería
que se nos impidiera decir que son héroes
Visión compleja. Los espíritus celestes
y los mortales son vecinos
a lo largo del tiempo³⁴”

Dionisos se sitúa también en un misterioso más allá de la desaparición de los dioses en *Pan y Vino*:

“...porque este dios se ha quedado y
a los hombres sin dioses (...)
provoca el recuerdo de los dioses idos”

³¹ Nietzsche consideraba el eterno retorno como su pensamiento abismal que, en rigor, no debía compartir con nadie. Fue Lou la primera que saltó esa norma y recuerda que el filósofo se lo contaba “con un murmullo siniestro”. Algo parecido le ocurrió al otro destinatario, Oberbeck: “la manera delirante de contar el eterno retorno”, en Oberbeck, op. cit. pg. 36.

³² Hiperión, op. cit. pg. 210

³³ Empédocles, op. cit. pg. 171.

³⁴ El Único, Der Einzige, versión de F. Gorbea en Poesía completa, ed. Río Nuevo, Barcelona 1978, pg. 153

Los Ditirambos de Dionisos hubieran debido ser la gran obra de Nietzsche, su verdadero retorno al fondo primordial; pero fueron una colección de poemas líricos, (de nuevo, él mismo) algunos de ellos tomados de la última parte del *Zaratustra*. Los dejó cuidadosamente encuadrados y preparados para la imprenta poco antes del hundimiento. Había vuelto al antiguo dios en el Ensayo de autocrítica, el prólogo a *El Nacimiento de la Tragedia* que escribió en 1886. Para entonces su primer libro era un libro imposible y Dionisos “un trago de Zaratustra”. En vez de cantar poetizando ahora Dioniso significa “una demasía de fuerza”. En *Más allá del bien y del mal*, Dionisos le va a enseñar a hacer al hombre “más fuerte, más malvado y más profundo”. Porque es un dios “caza-ratas nato de las conciencias” que desciende, como buen psicólogo nietzscheano, “hasta el inframundo de toda alma”.

En *El Crepúsculo de los Ídolos*, un verdadero compendio de su filosofía escrito pocos meses antes de perder la razón vuelve al dios del vino. Verdadera recapitulación ve claramente la estulticia de la lectura pedestre que de los griegos y del dionisismo había realizado Lobeck, el adversario de Creuzer. Mantiene su primera intuición insistiendo en que Goethe no entendió, con su apolínea claridad y su augusto sentido de la luz, a los griegos pero cuando habla de Dionisos apenas puede levantar el vuelo sobre el misterio sagrado de la procreación y la inmortalidad colectiva de la especie. Así vio entonces la eternidad de la vida.

Cuando Overbeck encontró a Nietzsche en Turín, el 8 de enero de 1889, el filósofo después de abrazarlo se puso a saltar y a bramar, preso de un delirio en el sentido psiquiátrico del término. Como si el dios del éxtasis y de la iniciación, al que no pudo ser fiel, le hubiera despojado del tirso del bacante que empuñara en *El Nacimiento de la Tragedia* y le hubiera abandonado a la suerte de Penteo y de los negadores del dios.